
La globalización, los países en desarrollo... y el retorno del Jedi*

*Eduardo Valencia Vásquez***

«Y porque eligen ser más grandes que humildes, se hacen vanos en sus pensamientos». Tomás de Kempis

I. EL MARKETING Y LA GUERRA DE LA GALAXIAS

Somos parte de una época en la que todo es relativo: ya nadie sabe qué es ciencia y qué es ficción; qué es verdad y qué es mentira; qué es bueno y qué es malo. En el campo de la economía, con mayor razón, constatamos la paradoja que, mientras una enorme porción de la población mundial vive en absoluta pobreza, al mismo tiempo se proclama el triunfo de un sistema económico que lo ha solucionado todo.

En la era en donde la renovación de los eufemismos es parte esencial de la razón del ser del *marketing* y de su consecuente poder seductor en el mundo, seguramente el de la *Globalización* es el que más ha penetrado en la mente de casi todos los actores sociales.

* Ponencia presentada en el V Taller de Ética y Economía de AUSJAL (Asociación de Universidades confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina), Ciudad de México, 15 al 18 de septiembre de 1997.

** Magister en Economía, U. Pennsylvania, Estados Unidos de América. Hasta el año 1996 fue Presidente del Banco Central del Ecuador. Actualmente es Director del Instituto de Investigaciones Económicas de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito.

Desde el punto de vista de las realidades políticas y económicas, por lo general unidas, los antecedentes de la globalización se remontan a las grandes conquistas territoriales en Europa y Asia que dieron origen a tratados internacionales –usualmente impuestos por la fuerza– sobre los términos del comercio; el grado de cobertura del mecanismo arancelario; la determinación de los términos del intercambio de bienes y servicios; la dirección de los flujos financieros; las condiciones del financiamiento del comercio; y, por supuesto, el sistema de imposición de tributos. La reciente remembranza de los medios de comunicación sobre la situación de Hong Kong ilustra claramente lo que, a lo largo de la historia de la humanidad, ha sido consecuencia y práctica derivadas de las conquistas bélicas.

Los diversos episodios de dominación a lo largo de la historia mundial dejaron vínculos entre conquistadores y conquistados que, en lo económico, se mantuvieron incluso después de haberse terminado la etapa de dominación. Es decir, sólo en lo político la liberación de los pueblos oprimidos se produjo luego de transcurrido un período de desgaste de la potencia conquistadora, generalmente a través de revueltas violentas, hasta que los líderes criollos hubiesen adquirido conciencia de sus derechos como pueblo independiente. Pero esto que ha sido una realidad tangible en lo político, no lo fue necesariamente en lo económico. Por lo general, la debilidad de la nación dominada, al momento de la liberación, era de tal magnitud que la nación dominadora continuaba ejerciendo hegemonía y control sobre la economía por lapsos muy dilatados posteriores a la liberación política.

En otras palabras, la potencia dominante dejaba como herencia a la nación sometida el conjunto entero de instituciones económicas y las respectivas normas legales de interrelación entre ellas: dejaba integrado el sistema de organización económica en lo interno y con el exterior; dejaba conformados los vínculos de intercambio entre los agentes externos y los criollos. Cualquier cambio en la búsqueda de un cierto grado de autonomía –peor de soberanía en el sistema económico que se intentase conseguir traería consigo la debacle del sistema mismo, razón por la cual la nación sometida se veía en la necesidad de mantener el sistema heredado e impuesto por el conquistador so pena de que los agentes económicos extranjeros y nacionales férreamente vinculados– arrecien con sus críticas y arremetan contra las variantes propuestas al sistema.

Lo expuesto, naturalmente, está ampliamente respaldado por los hechos históricos a lo largo de la historia de la humanidad. Tanto en lo político como en lo económico,

e incluso en lo cultural, muchos pueblos debieron cambiar sus costumbres y adoptar la de sus conquistadores con el objeto de preservar la paz lo cual, en circunstancias adversas que excluyen la posibilidad de reacciones violentas, solo se lo puede hacer manteniendo el statu quo. Tal realidad es especialmente palpable cuando se constata la dominación en lo económico.

Lo que ha sido una realidad constante en la densa historia del proceso de dominación universal a lo largo de la historia adquiere, no obstante, especial relieve en las últimas etapas de la historia contemporánea y, más concretamente, en el presente siglo: el de las innovaciones tecnológicas. No es de extrañar, en consecuencia, que sea en este período en el cual se observe cómo uno de los síntomas de este proceso de dominación la utilización del *marketing* tanto como una idea técnica innovativa aplicada por quienes inducen las decisiones económicas de individuos y pueblos, y, por supuesto, como una verdadera arma de penetración de conciencias y costumbres de personas y naciones. Las técnicas de mercadeo se han convertido en un mecanismo bélico, propio de una *guerra de las galaxias* económica.

Lo expresado no se circunscribe solamente una expresión metafórica para representar sintéticamente una parte de la realidad del mundo de hoy. Si sólo sirviera para ello, para precisar un aspecto del fenómeno, poco o nada contribuiría a aclarar el fondo del debate que nos ocupa. Lo importante del planteamiento realizado, aún en lo sucinto, es que identifica a ciertos determinantes históricos como las posibles causas que pueden ayudar a una mejor comprensión del problema de la globalización en el mundo de hoy. Tal, al menos, es un enfoque un tanto más serio que otros que lo han interpretado hasta ahora como un fenómeno de corto plazo, de orden coyuntural, resultado de la caída del Muro de Berlín.

Pero, aún más importante que esta propuesta de identificar la relación de causalidad histórica del problema, son las connotaciones éticas que tal forma de comprensión del mismo determinan: tras del concepto de globalización hay algo más que un simple eufemismo promocionado por las técnicas del *marketing*; existen transgresiones a la libertad y dignidad humanas en la práctica de las relaciones económicas entre individuos, al mismo tiempo que se propicia la injusticia en y entre naciones, expresada bajo formas de desigualdad, alienación, corrupción y violencia sociales. Tales constataciones rebasan las veleidades meramente lúdicas de los promotores del *marketing* hasta convertir las en un auténtico desafío para la humanidad que está forzada a interpretar la verdad detrás de la caída del Muro de Berlín y a separar, entonces, lo que es ficción de lo que es verdadero.

II. LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN: UN PUNTO DE INFLEXIÓN HISTÓRICO

Se ha dicho, con profusión, que noviembre de 1989, fecha recordada como la de la caída del Muro de Berlín, significó algo más que aquella que marca el fin de un sistema económico, el comunismo, que contenía la contradicción flagrante, teórica y práctica, de pretender alcanzar la justicia social conculcando las libertades humanas, razón demás para su derrumbe definitivo. Se ha intentado *vender* la idea de que la fecha y hecho aludidos marcan sobre todo el *fin de la historia* y que, en adelante, resultará casi imposible encontrar un conjunto de postulados económicos que puedan superar al sistema de mercado y a la sociedad libre y democrática como el sistema eje de la historia.

Bajo tal concepción se entiende, por un lado, que tales sistemas y forma de sociedad, al haber cumplido a cabalidad con las pretensiones de bienestar de la humanidad —léase, su felicidad— ya no podrán ser superadas; y, por otro, que, habiéndose llegado a ese punto de realización humana y social, será imposible que otro sistema lo pueda mejorar y, peor aún, suplantar. Consecuentemente, según los creyentes de la tesis de Francis Fukuyama, al no existir la posibilidad de disyuntiva entre dos sistemas alternativos que puedan alcanzar el mismo fin u objetivo, *obviamente* la historia ha llegado a su fin con el advenimiento definitivo de la economía de mercado. Para consolidar y consagrar tal pensamiento lo único que restaría, según sus mentalizadores, es lanzar las huestes de los *hacedores de marketing* para penetrar en las filas de los alineados como temerosos o débiles, sean estas personas o sociedades, y convencerles de que lo inteligente es incorporarse al culto de las nuevas propuestas.

Un breve repaso al debate sobre la situación económica y política en el mundo de hoy permite establecer que ésta se plantea como la contraposición entre dos posturas fundamentales: por un lado, aquellos que efectivamente creen que ha llegado el fin de la historia, que el mundo ha encontrado la fórmula infalible —¿la piedra filosofal?— para alcanzar el bienestar de la *sociedad*. Aquí se ubican los que defienden la globalización a ultranza; aquí están los que John Kenneth Galbraith llama irónicamente *La sociedad satisfecha*. Y, por otro, los que no se avienen a aceptar, por antidialéctica, la tesis de que ya no es posible influir en la historia de las ideas económicas y políticas y que, por tanto, supuestamente, ya no es posible imaginar un nuevo modelo de sociedad. Son los que se sienten representados en la frase de Ernesto Sábato, pronunciada recientemente en el momento de recibir el XI

Premio Internacional Menéndez Pelayo: «realidad y mito han demostrado que no es suficiente la historia, que el hombre sólo cabe en la utopía».

Que los *satisfechos*, los *globalizadores*, provengan de países desarrollados, de la región del mundo que mal que mal ha alcanzado elevados índices de bienestar material —aunque no necesariamente social ni espiritual—, parece relativamente comprensible. En fin de cuentas, el proceso de globalización formal se inició precisamente por la acción conquistadora de las naciones europeas durante largos períodos históricos, especialmente durante la etapa colonial que se inició después de la revolución del transporte, se consolidó con posterioridad al descubrimiento de América. Las prácticas de comercio y de las finanzas que fueron impuestas por dichas naciones crearon fuertes relaciones económicas entre los centros de poder de las metrópolis y los pueblos colonizados. Para nadie es desconocido la enorme riqueza que se trasladó desde América, por ejemplo, para nutrir las casas reales y las nacientes empresas vinculadas a ellas durante toda la etapa histórica ahora conocida como mercantilista. Fue precisamente en esta etapa en la que se consolidaron los vínculos entre las nacientes compañías comerciales y financieras de los países europeos y sus representantes *criollos* en los pueblos colonizados. Lo que fue una era de provecho económico para dichas compañías europeas fue, evidentemente, compartido en forma proporcional con los afanosos caciques que representaban sus intereses en las colonias. Fueron estos, precisamente, los primeros enclaves económicos y políticos del proceso de globalización en los países subdesarrollados.

Pero, insistimos, el que los colonizadores de entonces transformados luego en las sociedades opulentas de nuestra época se sientan satisfechos del proceso de globalización, parece algo bastante congruente. En efecto, las naciones del mundo desarrollado hoy controlan las 4/5 partes de la producción global mientras solo la 1/5 parte del mundo habita en él. El que dichas naciones mantengan un vivo interés en mantener su situación de privilegio y procuren por todo medio difundir sus métodos de *hacer riqueza* parece algo relativamente coherente, desde su punto de vista.

Más aún, el que sus representantes criollos dentro de las sociedades subdesarrolladas también formen parte del enorme aparato del marketing internacional que hoy promueve el proceso de globalización en el mundo, a pesar de todo, también es entendible, por aquello de la fidelidad y gratitud del deudor a su amo. Lo que no es comprensible es que el culto y devoción al proceso de globalización haya empezado a contagiarse a los otros representantes de las sociedades pobres del mundo, incluyendo a políticos otrora considerados auténticos adalides defensores de los sectores de población marginada, predicadores de los derechos de los pobres,

garantes de la dignidad humana, cuando no autoproclamados prospectos de redentores ¡Con cuánta presteza muchos de ellos se han pasado a las huestes de los antiguos caciques criollos bajo el argumento de que la globalización de hoy impone el acercamiento de personas e ideas, pues, se justifica: «la caída del muro de Berlín ha derrocado todas las fronteras, incluso las mentales y, por supuesto, políticas!».

En mi país, a quienes critican algún aspecto del proceso de globalización, es decir, a quienes piensan diferente, se los acusa de pretender *resucitar a Torquemada* o de pretender *beatificar el Tercer Mundo*.

III. LA PUGNA ENTRE SATISFECHOS Y PRETERIDOS

Pero, ¿estar contra la globalización es, en realidad, estar contra el presente y a favor del pasado? ¿Es que no existen posibilidades intermedias? ¿Es que todo lo que ahora se vende como ideograma de globalización es aceptable? ¿Es que, supuestos los beneficios de la globalización, son estos los mismos para todos?

Los interrogantes mencionados son, obviamente, un mero ejercicio de libertad individual, propio de la naturaleza humana. Los humanos nos diferenciamos de las demás especies zoológicas, entre otros aspectos, en tanto podemos tener dudas respecto al medio y circunstancias que nos rodean, no solo como práctica del instinto de sobrevivencia sino, sobre todo, en tanto en cuanto somos seres con capacidad intuitiva y creativa, creados para dominar la naturaleza y alcanzar un fin superior como individuos y sociedades: la felicidad. Cuando, de la práctica de nuestros actos humanos no la logramos, la evaluamos —a través del ejercicio de la duda expresada en interrogantes—, para luego corregir o redireccionar nuestros actos y volver a intentar conseguirla. La felicidad, en este sentido, no es un momento estático, sino un proceso y, como tal, dinámico.

La sicología, en cuanto es aprovechada por la economía, nos ayuda a comprender, en primer lugar, que la satisfacción es un acto subjetivo, y, en segundo lugar, que luego de satisfechas las necesidades materiales existe todo un mundo de necesidades psicológicas cuya satisfacción total no es posible de lograr pues es infinita. El ser humano está diseñado para alcanzar siempre metas más altas de satisfacción espiritual que, posiblemente, sólo se colmen cuando vuelva al Creador.

Sin pretender agotar, ni mucho menos, los postulados científicos de la sicología, sino tomando simplemente como referencias algunas de sus pautas, como la

expresada, cabe preguntarse: ¿qué es lo que se entiende por *satisfacción* cuando los defensores de la globalización a ultranza la utilizan para defender al mercado y a la sociedad libre, cual si fueran paradigmas perfectos que la especie humana debe procurar, sin posibilidad de revisión y peor de suplantación?

Dejando a un lado, momentáneamente, la arrogancia de las categorías académicas que utilizan los defensores de la teoría del fin de la historia, pero exigiendo rigurosidad en la respuesta y en los fundamentos que la sustentan, lo que cabe preguntarse, en primer término es: ¿cómo estiman las personas el grado de satisfacción que alcanzan en un momento determinado? Y, si se trata de sociedades: ¿cuántos de los segmentos que la componen estiman, y en qué forma, el nivel de satisfacción alcanzado? De lo cual cabe la subsecuente pregunta: ¿es que tal satisfacción es igual para todos? Y si no lo es ¿a qué se debe? Y finalmente ¿existe el interés de quererla alcanzar mancomunadamente? Esto último es vital para el análisis de la globalización, pues su carácter y pretensiones de universalidad nos llevan a buscar la explicación del concepto de *mancomún* que, en nuestra opinión, implica necesariamente el de plena solidaridad respecto al concepto de satisfacción que busca conseguir la doctrina de la globalización.

En tales circunstancias, lo que observamos en el mundo actual es que, en primer lugar, debido a sucesos históricos ya señalados, desde el punto de vista del orden económico y político internacionales, las sociedades o naciones se han dividido entre desarrolladas y subdesarrolladas, en el cual las primeras deciden el destino de las segundas, tal cual sucediera en la época colonial desde la cual se establecieron los vínculos se definieron los sistemas legales e institucionales y se establecieron los mecanismos de interrelación, así en el sector real como en el financiero. Y, en segundo lugar, que el sistema de mercado y de sociedad abierta por los cuales han pagado siempre las sociedades desarrolladas, por los enormes beneficios y *satisfacción* que les han significado, han sido impuestas a las naciones pobres, no tanto por estar convencidas de que el sistema sería apropiado y bueno también para estas, sino, obviamente, porque continuaba beneficiándoles.

Tal actitud, tan raramente analizada por los devotos de la globalización, ha sido invariablemente corroborada por los hechos. Para citar sólo uno, observemos con qué frecuencia los gobiernos de los países desarrollados han respaldado regímenes dictatoriales en los países en desarrollo, aunque en no pocos casos éstos empobrecieron a la población pero continuaron enriqueciendo a los sectores altos de las sociedades subdesarrolladas a la par que a sus socios externos. Y en otros

casos, en los cuales los beneficios si llegaron en magnitud mayor a la población, lamentablemente conculcaron severamente sus libertades y derechos humanos, haciendo en consecuencia más *infeliz* a su gente.

Lo curioso es que tal proceder siempre ha sido aplicado en aras de la defensa del sistema supuestamente de libre empresa, cuyos logros, por lo general, casi siempre llegaron solo en favor de *unos pocos*. Pero, así mismo, lo que es aún más notable es que casi siempre han sido ellos mismos los voceros que han calificado que la sociedad *como un todo* ha sido beneficiada.

Lo cierto es que, por las causas expuestas, el mundo constata cada vez más una realidad concreta: los menos son cada vez más ricos, mientras los más son cada vez más pobres. Las brechas de desigualdad se acrecientan tanto entre naciones como entre individuos. En tales circunstancias, la postergación de las mayorías no es solamente en el grado de satisfacción de sus necesidades, respecto de las cuales enormes masas de individuos no alcanzan siquiera niveles mínimos compatibles con su dignidad de seres humanos, sino que además tales mayorías han sido desplazadas de las decisiones comunitarias de las que deberían formar parte. Han sido preteridos dentro de la sociedad política en nombre de la libertad del individuo, eje fundamental del concepto de democracia.

IV. LIBERTAD E IGUALDAD: ¿DOS OBJETIVOS CONTRAPUESTOS?

¿En virtud de qué malhadado designio los hombres son preteridos en un mundo en donde se defiende la libertad individual a ultranza? ¿Es concebible que un sistema económico de libre empresa y un sistema de sociedad abierta y democrática signifiquen, en la práctica, el dominio de unos pocos por sobre la mayoría, tal cual es característico de un sistema colonial que lo creíamos totalmente superado? ¿Es que la incongruencia no estará más bien en quienes proclaman y defienden la globalización? ¿No nos estarán proponiendo volver al pasado colonial? ¿Y, si el concepto del Tercer Mundo se atribuyó en su tiempo al conjunto de países que después de la Segunda Guerra Mundial empezaron a liberarse como colonias y que, por tal circunstancia, habían quedado sumidos en la más absoluta pobreza, el pretender defender una nueva forma de colonización para este conjunto de países —que es lo que en buena parte, trae consigo precisamente la globalización a ultranza— no será allí sí, el pretender *beatificar* tal realidad tercermundista?

Aunque para muchos resulte difícil reconocerlo, *la pugna entre satisfechos y preteridos nace de la concepción misma del sistema de mercado tal cual se lo*

aplica en la actualidad. Cuando el sistema hizo crisis mundial en 1929, ya se interpretó que éste adolecía de graves inconsistencias. Gracias a la influencia de J. M. Keynes, el sistema fue sostenido fundamentalmente por dos arbitrios: las leyes *antitrust* (es decir, antimonopolio) que se promulgaron, y, por supuesto, a la intervención estatal para restaurar los equilibrios interno y externo del mercado.

En otro contexto histórico, ciertas inconsistencias del sistema de mercado y de democracia participativa fueron interpretadas por Carlos Marx, ya no a la luz de los desequilibrios macroeconómicos que traía consigo su funcionamiento, sino desde la perspectiva de la injusticia social que ocasionaban. Sus postulados, como se conoce, significaron que en los países de Europa Oriental se renegara del sistema capitalista en su integridad y que se lo suplantara totalmente con un modelo estatista y autoritario que pretendía instaurar la igualdad económica y política.

En el caso del sistema occidental, la política económica sugerida por Keynes, de limitada intervención estatal sobre el sistema de mercado, a la larga permitió la supervivencia de dicho sistema, mientras que en el caso del modelo europeo oriental significó su abolición.

Al margen de la disquisición meramente hermenéutica respecto a la consistencia teórica del modelo, lo cierto es que —y esto es verdaderamente central para comprender la realidad actual— fueron sus incongruencias fácticas que dieron lugar a las reacciones keynesiana y marxista. Fueron los llamados *vicios* del mercado —que, en esencia no son otra cosa que el permitir una excesiva libertad a los agentes económicos en el mercado por sobre lo que socialmente es apropiado y justo— la razón primordial para que hayan surgido teorías orientadas a modificar parcialmente o a sustituir totalmente el sistema. De no haber habido los excesos de dichos agentes no se habrían producido las crisis y, por tanto, no habrían aparecido las propuestas alternativas de corte keynesiano y marxista.

El antecedente es importante pues, junto al desdén actual por las políticas keynesianas existe la creencia firme de que con la caída del Muro de Berlín se terminó la posibilidad de crear sistemas alternativos: lo cual ha significado que los agentes económicos de los países desarrollados hayan vuelto por sus fueros, es decir, por los excesos, y, al perder de vista los riesgos de tal proceder, pueden provocar una nueva crisis internacional que, posiblemente podría nacer desde el mundo en desarrollo.

Cuando se reprocha al keynesianismo o al marxismo más importante que cuestionar las fallas que pudieron haber provocado el que se los haya dejado de practicar es

comprender las causas que dieron origen a su aparición en la escena académica, económica y política.

Entendamos de una vez por todas, que solo cuando un sistema es verdaderamente bueno para *todos* no habrá posibilidad de que aparezcan sustitutos. Al contrario, de no cumplirse este objetivo a cabalidad, seguirán apareciendo nuevas reacciones y eventuales nuevas propuestas. Cuando tal cosa suceda, lo último que se deberá hacer es tratarlas como anacrónicas o calificarlas, despectivamente, como maniobras para regresar al pasado. ¿Quién que verdaderamente estuviese satisfecho pretendería regresar a un estado de insatisfacción? En realidad, solo cuando en una sociedad la mayoría no ve plasmados sus anhelos de poder acceder a un nivel de vida mínimo y digno es que se rebela y pretende impedir la continuación de un *statu quo* que impide la auténtica realización de individuos y sociedades.

En cualquier circunstancia, entonces, *para los pueblos el volver al pasado significa mantener un sistema que beneficia a unos pocos y posterga a las mayorías: y el futuro radica en lograr que la sociedad como un todo alcance un bienestar integral –que abarcando lo meramente material, lo rebasa ampliamente– en un marco de libertad e igualdad de oportunidades para todos.*

5. RIQUEZA Y POBREZA: ¿DOS CARAS DE UNA MISMA MONEDA?

Quienes propugnan las tesis de la globalización a ultranza sustentan su planteamiento en una hipótesis relativamente simple respecto del sistema de mercado, pero que encierra una flagrante incongruencia de orden técnico que, al tiempo que limita su validez, además da origen a un severo cuestionamiento en el plano ético.

Sustentando su lógica intrínseca en supuestas propiedades de la naturaleza humana y con supuestas abrogaciones para que una teoría –en este caso del comportamiento humano– sea tal debe ser conmensurable para que se facilite su cálculo económico, los economistas *positivistas*, que son los que defienden la globalización a ultranza, interpretan los escritos de Adam Smith como que en ella se contiene el principio básico de toda economía: solo la riqueza a libre disposición de los individuos permite la prosperidad de las naciones –se entiende de todos los que pertenecen a ellas–. Según este pensamiento, en ausencia de tal motivación y de esas condiciones no es posible maximizar el producto social ni tampoco realizar el cálculo económico apropiado. En este contexto la ausencia de iniciativa privada libre limita, por una parte, el logro del bienestar colectivo, a la vez que, por otra, impide conocer la contabilidad (el valor) exacta del nivel de tal producto y bienestar sociales. En una

economía monetaria, dentro de un sistema de intercambio totalmente libre, en la cual *cada quien acude al mercado con su propia dotación de riqueza*, tal punto de maximización del producto social y del *valor* de los bienes que componen se refleja en los precios relativos.

La interpretación que esta escuela de pensamiento hace de la tesis de Smith lleva una doble connotación: en sentido explícito, se considera que la economía va siempre de la mano casi exclusivamente de los agentes que buscan maximizar su riqueza individual; y, en sentido implícito, se entiende que aquellos que no cuentan con una dotación de bienes o servicios que les permita participar en el intercambio —léase, los pobres— al menos disponen (?) del *acicate*¹ de su propia pobreza.

Ocurriría entonces, según esta visión del mundo, que actuando pobres y ricos en el mercado, el sistema global se ve impulsado por dos vías: los ricos que constituyen el motor del sistema pues son los principales creadores de riqueza quienes, no hace falta repetirlo son los más dotados para afrontar la competencia, innovar y, por supuesto, ganar en el proceso; pero también los pobres, pues aunque no reúnan los requisitos y cualidades de los ricos, se ven compelidos a tener que subsistir, aunque para ello se vean obligados, por un lado, a elevar su *productividad* también al máximo; y por otro, a reducir sus exigencias de ingresos en aras del progreso empresarial que necesita su *apoyo* para reducir los costos, mientras compiten por el favor de los empresarios con los demás de los de su *clase*.

Cuando tal situación enfrentan los que pertenecen a la clase pobre de un país desarrollado, suena un tanto duro. ¿Cómo será cuando se tiene que describir una situación semejante de tal gente pobre en un país subdesarrollado?

Desde el punto de vista puramente técnico de la racionalidad contenida en la interpretación de los filósofos positivistas de que en la ciencia lo único relevante *es lo que es* y no lo que *debe ser* no existe otra explicación plausible para describir la forma como actúan los individuos *libremente* en el mercado, y a partir de este hecho *científico* (porque es observable, cuantificable y predecible) determinar que el sistema de mercado es el que más se acerca a tal verdad científica, y, por tanto,

1. Nota del Autor: Irónicamente, sin serlo, parece una metáfora la definición que el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española da respecto de la palabra *Acicate*: Punta aguda de que iban provistas las espuelas para montar a la jineta, con un tope para que no penetrase demasiado. 2. Espuela provista de acicate. 3. Incentivo.

es el que mejor asigna los recursos entre fines alternativos, objeto último de la ciencia económica. Si es el que mejor asigna, no hay técnicamente otro sistema mejor. En el punto de optimalidad económica *no hay quien pueda estar mejor*. El pobre no lo puede estar, no porque el sistema no lo permita, sino porque su situación de optimalidad está configurada por su escasa dotación de factores. En otras palabras, dada tal limitación, si lo desea puede estar en la mejor situación posible, claro está. dentro de la escala de ingresos a la que pertenece (se entiende que *gracias* al mercado que lo permite). Se supone que el poder pasar de escala en los niveles de ingreso no está en relación directa a la acción del mercado. En otras palabras el mercado no es responsable de los efectos distributivos.

Lo descrito lleva inexorablemente a la conclusión de que la riqueza y la pobreza son dos caras de la misma moneda, según la visión de la economía de mercado de la escuela positivista. Mientras el rico puede aumentar su riqueza ad infinitum, los pobres, hagan lo que hagan difícilmente podrán mejorar su situación en la escala social. Para hacerlo, debe ocurrir: o que los ricos —entiéndase los empresarios que tienen capacidad de ahorro— promuevan el crecimiento económico o que los pobres disminuyan su tasa de expansión.

En el primer caso, si se genera mayor crecimiento económico —porque aumentan la dotación de capital real o mejora la tecnología. normalmente— los pobres pueden beneficiarse del correspondiente aumento del ingreso nominal, pero como los ricos también lo hacen mas que proporcionalmente, la pobreza relativa aumenta. Esta es la situación que generalmente ocurre en los países desarrollados o en los llamados países *emergentes* (?). A manera de ilustración baste citar lo ocurrido en Inglaterra, cuna del pensamiento liberal y globalizador. Según el cable de la agencia *France Press* del 29 de julio de 1997, tomando como fuente una investigación efectuada por el *Institute of Fiscal Studies* de Gran Bretaña, «La brecha entre ricos y pobres en Gran Bretaña se amplió con creces en las últimas dos décadas... El número de personas por debajo del nivel de pobreza ha subido dramáticamente. Actualmente, 20% de los británicos tiene ingresos por debajo de este nivel, frente al 6% de finales de los años 70...».

En el segundo caso, el mecanismo es más sencillo y más exitoso en el corto plazo: ¡basta con promover mundialmente severos programas de control de la natalidad, cuando no del aborto!

Pero, como se dijo, a más del problema técnico descrito, existen connotaciones éticas en la realidad descrita. Si el problema de la injusticia social está enraizado

en los postulados mismos de las teorías económicas, por lo menos en la versión de los positivistas —que son los principales propulsores de la globalización, pues pretenden que sus postulados sean aceptados por todo el mundo—, es necesario indagar en las consecuencias de orden ético que tal situación conlleva. ¿Es que, como sostienen los cultores del fin de la historia, estamos condenados a tener que aceptar esta realidad? ¿Es que la caída del muro de Berlín es un momento que marca determinísticamente el futuro de los pueblos y, por tanto, no hay posibilidad de alguna inflexión significativa? ¿El fracaso de los socialismos, como contrapunto de los vicios del sistema de mercado significa anticipadamente también el fracaso de eventuales nuevas propuestas de economía alternativa sustentada en la libertad y en la justicia?

Una primera reacción a tales interrogantes sugiere que los cambios que deberán producirse en la formulación de nuevos postulados en la teoría económica son posibles en tanto se profundice en los fundamentos de la teoría económica. Pero, mientras tanto, son las consecuencias éticas las que impulsarán tales cambios e inducirán a la urgencia de las soluciones. Es en este contexto que actualmente ha empezado a actuar la iglesia católica, pero no es la única.

Un hecho prometedor es que una parte del sector empresarial ha empezado también a caminar en esa dirección. A manera de ilustración sobre esta nueva actitud, valga mencionar la posición asumida por George Soros², quien cuestiona la ausencia de una postura ética de partida en la práctica de los agentes económicos. Justamente en un artículo aparecido en *Le Nouvel Observateur* en febrero de 1997 sostiene: «Como el mecanismo de mercado ha extendido su dominación, cada vez es más difícil mantener la ficción según la cual nuestros comportamientos son guiados por un conjunto dado o determinado de valores distintos del mercado. Publicidad, marketing, y aún packaging tiene por misión modelar las preferencias y no, como pretende la teoría del *laissez faire* el aportar simplemente una respuesta a la demanda. Sin saber muy bien a qué atenerse, se tiene en cuenta cada vez más el dinero y el éxito como criterios de valor... Lo que constituía medio de intercambio ha usurpado el lugar de los valores fundamentales. invirtiendo las relaciones postuladas por la teoría económica. El culto del éxito ha reemplazado la creencia en los principios. La sociedad ha perdido su anclaje».

2. George Soros, empresario y financista internacional y filántropo. Es presidente de la *Open Society Institute and the Soros Fund Management*. En 1996 sus fundaciones han invertido cerca de 300 millones de dólares para alcanzar el objetivo de la *Sociedad abierta* en el mundo.

Soros, con honestidad reconoce que *A. Smith* y los demás pensadores clásicos, siguiendo la tónica de la época al interpretar el comportamiento de los individuos en el mercado presuponían una actitud total de respeto a los valores primero, antes que a la adopción de sus decisiones económicas cotidianas. Y concluye que en el mundo de hoy el respeto a tales valores fundamentales para la convivencia social, han pasado a último plano.

VI. ¡EL IMPERIO ATACA DE NUEVO: SE RESTAURA EL MONOPOLIO!

La globalización es ciertamente algo más que el marketing. Detrás se esconde una propuesta de dominación basada en una estrategia económica, con todo lo que ello implica. Aparentemente, tal propuesta no tiene rostro identificable a simple vista, por eso es necesario indagar como es ésta y donde se ubica pues se sabe a ciencia cierta, aunque pocos se atrevan a identificarlo explícitamente, de la existencia de un *Senado Imperial*, parafraseando el guión de la película de George Lucas *La Guerra de las Galaxias*, que maneja los hilos siderales de la economía y de las finanzas del mundo, que rebasa a los mismos estados nacionales, incluso a los más importantes. Penetrar en los sustentos de tal estrategia y quienes la promueven es, sin duda, responsabilidad de los economistas y politólogos, pero también es una tarea de la ética.

En los principales centros económicos internacionales ciertos grupos diseñan verdaderos planes de conquista de mercados y establecen tácticas y mecanismos de penetración: el marketing es sólo uno de ellos. En esta tarea algunos organismos financieros internacionales juegan un papel fundamental: son los instrumentos visibles del poder invisible. Son los que dan la cara por otros pero no constituyen un objetivo al cual enfrentar pues son una entelequia sin representatividad aparente: no son un país, y por tanto no entran a la confrontación directa. Son algo así como *la fuerza de choque* de los grupos de poder ocultos, es decir, del auténtico *Imperio*. Un gran error del socialismo, fue el haber creído que el imperio era un pueblo, un país, un gobierno, cuando en realidad el Senado Imperial está constituido por pequeños grupos de poder económico. geográficamente dispersos. que existen tanto en los países ricos como en los pobres, pero que mantienen un conjunto homogéneo de intereses globalizados, férreamente defendidos.

Dentro de los mecanismos más socorridos y promocionados por la filosofía de los cultores de la globalización –los que se parapetan detrás del Imperio– encontramos lo que se ha dado en llamar fusiones y privatizaciones. Por el primer concepto, la

fusión, se entiende a la técnica por medio de la cual las grandes empresas productivas y financieras absorben a las pequeñas y consolidan su posición en mercados mayores, en nombre del aprovechamiento del principio de las economías de escala. En otras palabras *es el artificio de moda para volver a las prácticas monopólicas* puestas en práctica tanto en países desarrollados como subdesarrollados. Y la *privatización* no es otra cosa sino otro eufemismo para lograr lo mismo pero desmembrando a las empresas públicas de las naciones. En uno u otro caso, a través de este mecanismo se consolida la hegemonía monopólica de los grandes grupos de poder privado a nivel internacional generalmente apoyados fervorosamente por los grupos privados criollos, herederos ideológicos de aquellos que diligentemente sirvieron a los colonizadores de extensas zonas del mundo en épocas pasadas. Si: *¡el Imperio ataca de nuevo restaurando el monopolio como eje de la economía de mercado!*

En realidad, de este modo –aquí sí– se está dando marcha atrás en la historia al revivir la misma situación que antes, en otras ocasiones, especialmente en 1929, provocó el colapso del sistema de precios. Sólo que esta vez, en ausencia de un sistema alternativo, parece un desafío orientado a consagrar tales prácticas monopólicas dentro del sistema y del orden mundiales ¡en forma permanente!

Lo que es insólito, para todos los efectos teóricos y prácticos, es que el mundo actual: gobiernos, empresas, instituciones financieras nacionales e internacionales, medios de comunicación, gremios de trabajadores, y aún gran parte de los centros académicos, tanto en países ricos y pobres, constatan tal realidad estóicamente. ¡Son los colonizados clamando por la venida del mesías colonizador! Parecería como que los conquistadores modernos nos hubieran sitiado materialmente y alienado espiritualmente. En ambos casos, da la impresión de que nos hemos quedado sin defensa.

La globalización en la forma en que está siendo aplicada –porque, de hecho, no tiene por qué ser la única– significa, según se ha analizado, el triunfo del monopolio como el eje del sistema de mercado. ¿Pero tal fenómeno no es exactamente lo contrario de lo que ontológicamente postula la filosofía económica del *dejar hacer, dejar pasar (el laissez faire)* sobre la cual se construye el edificio del sistema de mercado, especialmente en su versión más extrema, la de los positivistas? El asunto puede pasar inadvertido para algunos en los países desarrollados donde la situación de bienestar es, por los menos, aparentemente mejor. Pero resulta inadmisibile que la recepción a la doctrina de la globalización que exalta el monopolio sea la misma

en los países subdesarrollados. Mucho más cuando constatamos que en estos países, a los tantas veces promocionados mecanismos de fusión y privatización indiscriminados –camuflados por el término de modernización– se añade un conjunto de otros mecanismos tendientes a consolidar la situación de los grupos de poder monopólico u oligopólico nacionales, que bajo el nombre de *política económica de estabilización*, internamente pretender hacer lo que los grandes centros de poder hacen con los países pobres.

¿De qué otra manera se puede entender la filosofía aplicada en los programas de ajuste de última data que sólo beneficia al sector financiero, perjudica a las pequeñas y medianas empresas productivas, y recarga todo el peso del ajuste en la población más pobre? ¿No es verdad que la política financiera utilizada en los países en desarrollo para inducir el ajuste estructural se ha divorciado de la economía productiva, de la llamada economía real que es donde se asientan las grandes masas de seres humanos?

VII. LA DEUDA: ¿EL OTRO JINETE DEL APOCALIPSIS?

Las circunstancias que determinan la injusticia, hemos visto, están instauradas en la estructura y funcionamiento mismos del sistema de mercado a ultranza: aquel que, bajo esta denominación, tiende a favorecer a los monopolios. Sus consecuencias son lamentables cuando observamos que, de seguir aplicándose tal modelo en la forma que hoy se lo hace, los pueblos pobres del mundo están predeterminados a permanecer como tales, o aún peor. Pero, si lo anterior no fuese suficientemente grave, además se les está imponiendo un nuevo mecanismo que agravará permanentemente su situación: la deuda interna y externa. En tales circunstancias, ya no es solo el presente de los pueblos pobres el que está comprometido. Se ha hipotecado también su futuro. Y, éticamente, de esto ¿quién es el responsable?

Las inversiones fiduciarias o, en términos más familiares, la deuda en toda sus facetas, ha sido el mecanismo más socorrido a través del cual se ha ido consolidando la estrategia de penetración de los grandes monopolios financieros internacionales en los países en desarrollo, aprovechándose de la situación de que en estos el nivel de ahorro interno es exiguo. Consiguientemente, estos países son territorio propicio para la afluencia *benefactora* de los créditos internacionales.

De la crisis de la deuda de los años ochenta, de la cual los grandes consorcios internacionales no salieron ni siquiera *ramisllados*, –como dicen los chilenos–,

pues al final consiguieron recuperar todo lo prestado (aunque para ello hayan debido recurrir a la *magnanimidad* de conceder la ampliación de los plazos del servicio de la deuda a los países pobres). Obviamente, hay que entender que tal extensión también les benefició, y que, a estas alturas, han recuperado con creces las acreencias originales, mientras los saldos globales de la deuda de los países en desarrollo continúan creciendo y los bancos continúan recuperándolos y haciendo pingües negocios en el intercambio globalizado de reestructuraciones de créditos a las naciones. Tal experiencia ha tenido el efecto de eliminar los temores de un incumplimiento (*default*) global –y pero en la conformación de un club de países deudores– y, por ello han vuelto a la carga: prestando por doquier.

Poco importa que en el proceso tanta gente de los segmentos de población pobre haya sido la que contribuyó primordialmente para que tales grandes consorcios sigan gozando de su actual solvencia.

En los países en desarrollo, en los últimos años, la política económica de estabilización, inducida por los grandes centros financieros que promueven la globalización de los flujos financieros y del intercambio de bienes y servicios, se ha sustentado, entre otros arbitrios, en la modificación provocada por los bancos centrales del precio de la divisa, el tipo de cambio por debajo de su nivel real, y del precio dinero, el tipo de interés, por encima de su nivel de equilibrio –es decir, distorsionando *ex profeso* los principales precios de la economía– bajo la invocación de que es necesario superar la carencia de capitales propios mediante el incentivo para que ingresen capitales foráneos. De este modo, se implantó un esquema artificial de precios, tan atractivo para los especuladores financieros internacionales que, efectivamente, determinó el ingreso cuantioso de capitales de corto plazo en la mayoría de países. Desde México a la Argentina, pasando incluso por los países andinos, las reservas monetarias internacionales de los bancos centrales y los departamentos de cambios de los bancos privados se inundaron de divisas no provenientes del esfuerzo de producción interno.

Se generó entonces, nuevamente, la sensación de bonanza cuyo inspirador ¿quién más? era el Senado Imperial. Y los banqueros nuevamente se pusieron de moda: volvían a ser los *Hombres de Buchanans* de los años setenta, los años del crédito fácil.

Los mercaderes del dinero en épocas modernas –*los jawas* de la película de Lucas– han pasado a constituir los supuestos vendedores de ilusiones de la población

desposeída. Contradiciendo el objetivo fundamental de lo que a su tiempo se llamó el verdadero *espíritu del capitalismo* que, en términos resumidos, proponía como la base del progreso y la felicidad del arduo trabajo y la frugalidad de las personas –convertidos en sacrificados empresarios– extendida a todas las relaciones económicas y humanas, los financistas siderales de nuestro tiempo prometen a sus fieles seguidores el bienestar anticipado del *viaje a las estrellas* a través del otorgamiento de generosos plazos de pago, en cómodas cuotas mensuales y a tasas de interés *convenientes y reajustables* trasadas de «mutuo acuerdo entre las partes (?)».

Pero, a diferencia de los abnegados puritanos de tiempos remotos, para los cuales el objetivo último de toda actividad económica del individuo debía ser el de que sea el *ahorro de la comunidad* el que financiara la inversión real, la *inversión productiva*, los financistas de épocas actuales, en tiempos de globalización, dejaron de discriminar lo que era productivo o especulativo. Lo importante es ahora que el dinero se *coloque*, con la *única condición* de que el prestatario disponga de *suficiente* capacidad de pago. Desde entonces, el mecanismo utilizados por los mecenas del mundo también contempla el financiamiento del *consumo de las personas*, aunque, es justo decir, algunos todavía prefieren respetar la vieja tradición de financiar una que otra inversión productiva. Y así, lo que inicialmente era considerado como la *bondad* del sistema de mercado –el que era promocionado por Benjamín Franklin, por ejemplo– que a través de la posposición del consumo presente se podía incrementar el consumo futuro (se entiende de las personas y de las sociedades), se trastocó en un curioso postulado en el que ahora lo *bueno* consiste en incrementar (y aún exacerbar) el consumo presente *en detrimento* del consumo futuro –puesto que, en la práctica, el consumo es una función sustitutiva de la inversión–.

VIII. LA COMPETENCIA MONOPOLÍSTICA Y LA EXALTACIÓN DE LAS DIFERENCIAS

Pero la distorsión de los conceptos de empresario productivo y frugal, largamente aceptados por la comunidad académica en la historia económica no se limita únicamente a lo descrito. Adicionalmente, llevó a una auténtica claudicación de los principios rigurosamente sostenidos por los cultores de la economía liberal a ultranza. La obsesión por el fomento del consumo masivo de las personas en el momento presente terminó por convencer a los agentes económicos acerca de la *inutilidad* de seguir sosteniendo los postulados del mercado de competencia

perfecta para sustituirlo por el de competencia monopolística. Interpretando a su antojo y conveniencia los fines últimos de la ciencia económica, decidieron apoyar fervientemente las propuestas del Senado Imperial. Lo que, con tal de dinamizar el mercado y promover el crecimiento económico (el aumento de la productividad) en los países, en un marco de globalización, era legítimo recurrir y aplicar lo que es elemento central en el mercado de competencia monopolística: inducir a que los empresarios procuren crear productos diferenciados que atraigan suficientemente a los incautos consumidores y de ese modo se aceleren las ventas ¡aunque sea bajo la apariencia de haber promovido mercados competitivos y democráticos! Para expandir el mercado se echó mano a la exaltación de las diferencias: ¡consume este producto y diferénciese de los demás!

Los más ingenuos, los pequeños y medianos empresarios de los países en desarrollo, realizaron grandes esfuerzos por ampliar sus mercados buscando ser más innovadores en el diseño de sus productos y en sus estrategias de comercialización. Parecía que de este modo muchos más empresarios y consumidores podían participar equitativamente del mercado y con ello las potencialidades de incrementar el producto social, la inversión, el empleo, el ingreso personal, la demanda, y, por su intermedio, provocar nuevos impulsos al desarrollo económico en una senda de pleno uso de los recursos y en equilibrio de los precios. *Una nueva utopía aparentemente verdadera y justiciera, aparecía en el firmamento ofreciendo sus estrellas destellos de luz para todos.* Pero, ¡qué efímera fue tal posibilidad! Pronto aparecieron los verdaderos propósitos del monopolio imperial. ¡Cuánta decepción habría tenido la profesora Joan Robinson al presenciar en nuestros días en lo que se convirtió su utopía!

Quienes controlan, desde hace tiempo, la economía del mundo invirtieron cuantiosas cantidades de recursos en promover grandes cadenas de negocios ofreciendo toda suerte de productos diferenciados, reales o... ficticios. Desde entonces, los grandes *trusts* de venta de hamburguesas, pantalones de vaqueros, camisetas, lencería, zapatos de lona, juguetes, hoteles, vehículos, gomas de mascar, bebidas, medicinas, corbatas, lápices de escribir, quesos, embutidos, herramientas, lentes para el sol, destinos turísticos, dulces, galletas, joyas, perfumes y.... una infinidad de productos que alguna vez estaban siendo producidos en los países en desarrollo, ahora provienen del exterior fabricados por gigantes monopolios. Unos de los graves problemas del subdesarrollo, se dice sarcásticamente, es que estos países no sólo no poseen recursos de capital ni tecnología sino que ahora ¡ni siquiera saben fabricar bienes de consumo! En tal virtud, desaparecen del mercado global sectores enteros por no fabricar, por ejemplo, buenas hamburguesas.

Invocando a la ineficiencia de las pequeñas y medianas empresas en los países pobres y su falta de competitividad se justifica la *eficiencia* del monopolio internacional. En otras palabras, los pobres jamás podrán reducir los costos de fabricación interna de sus productos: luego, todas las cosas deben ser fabricadas por los monopolios internacionales. ¿Qué pensaría de ello Adam Smith si viviera ahora? ¿Cómo reaccionaría al ver el triunfo final del monopolio y a su teoría de la competencia perfecta reducida a una pieza de museo junto a los principios de justicia social e igualdad? ¿Qué pensarían los enciclopedistas franceses al corroborar que sólo doscientos años después de la revolución francesa se constata el triunfo de las desigualdades y diferencias que sobre la equidad por la que tanto lucharon? ¿Qué pensarían quienes redactaron el *Bill of Rights* que proclamaba que «todos los hombres fueron creados iguales»?

IX. ¿LA APERTURA FINANCIERA Y EL AUMENTO DEL CONSUMO DE HELADOS?

Obviamente, la exaltación de las diferencias también se produce en lo que se ha llamado la «apertura de las corrientes financieras». Observemos cómo se ha asignado, en los últimos tiempos, el nuevo crédito proveniente de los mencionados centros financieros internacionales. Azuzados por altas tasas de interés reales, los capitales internacionales de corto plazo transados en el mercado del dinero, es decir el que intermedian los bancos, fueron orientados fundamentalmente a dos sectores: a la inversión de postfn en los sectores de ingresos altos de las sociedades pobres: y al financiamiento del consumo de los sectores medios y bajos.

Ante la realidad de que los países en desarrollo, en el transcurso de la década de los años ochenta se habían convertido en economías extremadamente pobres, debido a un proceso de ajuste extremadamente prolongado que pauperizo a las masas y disminuyó la productividad y capacidad de competencia de las empresas medianas y pequeñas, los nuevos recursos de capital extranjero entraron a través de los intermediarios locales a financiar en moneda extranjera las *necesidades* de los sectores ricos de los países pobres: el mercado inmobiliario de lujo; la importación de artículos suntuarios provistos por grandes centros comerciales construidos expresamente para el efecto por empresas filiales a tales bancos; y el financiamiento de automóviles y bienes de consumo a través de créditos directos o mediante tarjetas de crédito. Con ello, se ha pretendido demostrar que la globalización trae *indudables* beneficios a los países emergentes. En México, Buenos Aires, Quito y Calcuta existen islas continentales que cuentan con centros comerciales semejantes a los de Beverly Hills. Lo que no se ha podido demostrar es que los segmentos

pobres de la sociedad puedan efectivamente demandar bienes que en ellos se exhiben, que no sea, tal vez, el consumo de un helado en días de paseo familiar.

Y es que, ¡naturalmente!, al festín de la globalización, a festín del consumo, están *todos* invitados. Se convoca no sólo a los estratos altos sino también a todos *los demás*: a que los segmentos de clase media y baja en las escalas de ingreso acudan también a consumir lo que viene de afuera. Gastar *sí o sí* -como dicen los argentinos- para degustar el placer de cómo se puede vivir en la modernidad, igual que en un país desarrollado, es el lema más socorrido por los expertos en marketing. No importa que, hubiesen transcurrido dos décadas de empobrecimiento masivo de sus habitantes y que ese sea el contexto en que se produce tal invitación; lo importante es que el cielo llegó a los centros comerciales, y a él están convocados todos los cristianos. No importa que por razón de la apertura al comercio internacional, hayan cerrado tantas empresas y se hayan despedido tantos trabajadores, porque la invitación *no excluye a nadie*. La magnanimidad del Imperio es verdaderamente conmovedora. Y, en efecto, los convocados acuden presurosos al convite. ¿Cómo? Muy fácil: la tarjeta de crédito que todo lo vende a plazo bajo el lema *¡no pague, díféralo!* ha penetrado en todas las clases sociales como un auténtico símbolo de *status*. Quien no posee una de ellas en la sociedad globalizada simplemente *no existe*. Las grandes tarjetas internacionales promueven el consumo de las personas a través de intermediarios financieros domésticos que definen los sectores más propicios para asegurar su posicionamiento. Se cierra de este modo el círculo de prestamistas globalizados.

Al tratarse de naciones, la consecuencia inexorable de este masivo proceso de endeudamiento de la sociedad es que el aumento del bienestar presente de la población se lo hace a costa de las generaciones futuras -¡cuando no de la misma!-. En buenas cuentas el Imperio, del que forman parte los especuladores internacionales, decidió modificar los supuestos epistemológicos de lo que antes era considerado ciencia económica, cuyo requisito para ser tal, como se sabe, era que tenga carácter universal y que sus leyes fueran permanentes mientras no se cambien los supuestos y circunstancias. De este modo, la ortodoxia liberal, la madre de la economía de mercado, la que fue concebida por los pensadores clásicos dentro de fundamentos éticos preestablecidos, ha sido sustituida por una burda teoría liberal a ultranza de carácter globalizante en donde *la ley y único punto de referencia es el que pragmáticamente determina el monopolio*: el más grande absorbe al mediano y pequeño, proceso al cual, como se dijo, se denomina pomposamente *fusión*. La fusión es el término semántico equivalente al monopolio en

nuestro tiempo. ¡Es Darwin *redivivus* ! ¡Es la exaltación del primer adversario de la empresa competitiva! ¡Es el predominio del monopolista propiamente tal o del monopolista *competidor* ! ¡Todo evoluciona, todo tiende, todo fluye... hacia la concentración de la riqueza en manos de unos pocos! ¿Cómo entonces entender que Adam Smith haya concebido que el interés individual iba a beneficiar, como guiado por una *mano invisible*, al interés común? ¡A qué intereses servirá esa supuesta – tal vez más real que nada– mano invisible, en la interpretación del modelo *liberal* a ultranza?

Nuevamente: el que los países desarrollados rindan pleitesía a esta nueva forma de neocolonialismo económico, por estar ubicados en la zona de influencia del lado de los especuladores internacionales que componen el exclusivo círculo del Senado Imperial, parece relativamente entendible (aunque, obviamente, habría que conocer lo que piensan los segmentos poblacionales de dichos países, cuyo nivel de *insatisfacción* es semejante al de los países pobres y como tal forman parte del ejército de los preteridos que se engrosan como secuela de la globalización; aquellos que, a su vez, son los enclaves del mundo subdesarrollado dentro de los países ricos, cuya dimensión no es despreciable). Pero, ¿cómo comprender que los países en desarrollo, mejor dicho, sus gobiernos, que son los que cotidianamente sufren los estragos de un orden económico internacional que favorece a los más grandes, últimamente, en forma masiva, expresen en foros internacionales su plena aquiescencia respecto de la necesidad de ser partícipes del progreso de globalización y acepten el intercambio global bajo las mismas reglas que los gobiernos y los organismos internacionales han impuesto?

X. GLOBALIZACIÓN: ¿DE LA RIQUEZA O DE LA POBREZA?

Cuando uno visita alguno de los países en donde el modelo neoliberal a ultranza se ha aplicado con mayor rigor, como, por ejemplo, Argentina, encuentra que en los últimos años han desaparecido más de 25.000 empresas industriales y el nivel de desempleo es tres veces más alto que antes de la implantación de este modelo. Cuando uno desea saber cual es el nivel de mejora en el bienestar de su población constata, con sorpresa, que los precios de las prendas de vestir más elementales son más caras que las que se venden en países europeos. Y cuando se observa tal realidad, y aquella que muestran los escaparates de sus ciudades que promueven la venta de éstos y otros bienes primarios a seis meses plazo sin cuota de entrada, que, entre otras cosas, demuestra el nivel de pauperización de las clases media y baja de estos países, pronto uno se interroga si la utopía que promete el Senado Imperial y

sus representantes de venta criollos no estará sustentada en bases endebles cuando no en un simple engaño.

¿No será la filosofía detrás de esta doctrina es semejante a la de los sofistas griegos?
¿No será que el marketing de la *postmodernidad es así mismo similar a la retórica seductora pero mentirosa que tanto cuestionaron Sócrates y Platón en la sociedad de su tiempo?* ¿Qué pensaría J. B. Say ahora, al constatar el consumo frenético de ciertas naciones que han aplicado el modelo neoliberal, cuando él alguna vez se refirió a que las economías mejor manejadas eran aquellas que fomentaban la producción y que, consecuentemente, las mal manejadas eran aquellas que inducían el consumo?

A nombre de la mano invisible muchos arbitrios —algunos visibles, otros no tanto— se han impuesto bajo el nombre de políticas de estabilización. A nombre de la economía de mercado se han impuesto políticas cambiarias de fijación de precios de la divisa (llamada *anclaje de la paridad cambiaria real*) en virtud de la necesidad de *bajar la inflación*, al mismo tiempo que se inducía la elevación del precio del dinero doméstico, (lo que se dio en llamar *flotación sucia de la tasa de interés real*) como consecuencia de haber, precisamente, abatido la inflación (?).

Lo descrito, ciertamente, no es parte de la película de ciencia ficción de George Lucas. Es parte del realismo mágico de los países de América Latina. En efecto, en los últimos años, los programas de ajuste —o de estabilización, que suena más elegante y más considerado de la población—, en lugar de inducir a la disminución de las tasas de interés reales como consecuencia de haber disminuido el proceso inflacionario —como lo estipula la ortodoxia de la economía de mercado cuando la inflación cede—, más bien impulsaron a que dichas *tasas subieran a niveles sin precedentes*, permitiendo que las instituciones financieras criollas se quedaran con márgenes de ganancia superlativos, también sin precedentes. ¡Mientras los inversionistas del sector real eran severamente castigados, las instituciones financieras ganaban descomunamente!

Lo curioso de la política económica aplicada en este período, a más de la quiebra de los principios teóricos señalada, fue que, en esta ocasión, se la presentó como una estrategia dirigida a lograr la tan ansiada felicidad, es decir, la recuperación económica de los países pobres. Pero, pronto se comprobó que los que se recuperaron, una vez más, eran los países ricos, mientras los pobres veían acrecentarse su pobreza. Es decir, se descubrió que la nueva táctica lo que en

realidad pretendió fue que los países grandes restablecieran sus corrientes de comercio con los países en desarrollo, induciendo fundamentalmente las importaciones de bienes de consumo no necesario, así como la dinamización de los flujos de dinero especulativo de corto plazo –entiéndase créditos e inversiones fiduciarias volátiles– trasladados cuantiosamente desde los países grandes a los pequeños, motivados por las elevadas tasas de interés reales; operaciones en las cuales ganaban superlativamente los miembros del Senado Imperial y sus enclaves criollos.

Como consecuencia de la estrategia aplicada, las reservas internacionales de los países pobres crecieron abruptamente y con ello la sensación de haberse logrado los fines propuestos.

¡De ahí el entusiasmo de algunos funcionarios incautos que desde ese momento no se cansan de bendecir las regalías y magnanimidad del Imperio!

Lo que obviamente nadie denuncia es que, debido a la competencia desleal derivada de un tipo de cambio anclado artificialmente, por una parte; y a las tasas de interés reales desbocadas por la restricción de medios de pago internos –en algunos países alcanzaron niveles del 30 y aún el 40%– y a la *abrupta* disminución del gasto social de los gobiernos impelida por las políticas modernizadoras, por otra, en la inmensa mayoría de países en desarrollo cayeron la inversión y producción reales, cayó la demanda agregada privada y pública, aumentó el desempleo a niveles históricos y, por supuesto, la pobreza abrazó a segmentos crecientes de sectores medios y bajos de la población de estos países.

Pero, para ser justos, no todo fue malo: florecieron los sectores bancarios, los centros comerciales de lujo, los departamentos en sectores exclusivos, el número y calidad de automóviles de las personas pudientes, y, en algunos casos, ciertos sectores exportadores que venían recibiendo apoyo desde hace una década y media. Obviamente, algunos de estos sectores se encuentran bastante satisfechos de la política impuesta a los países por los organismos encargados de mantener el orden económico internacional. Estos son los enclaves desarrollados de vieja data mantenidos por el Senado Imperial en los países pobres.

¿Pero cómo explicar a las mayoría preteridas las incongruencias económicas como las que se señalan? ¿Cómo explicar que, en nombre del progreso, se impongan únicamente medidas de corte monetario, cambiario y fiscal que, a la larga sólo

favorecen a sectores vinculados con el manejo financiero mientras recargan todos los costos del ajuste en la población más pobre? ¿Es que la economía ha dejado de ser la ciencia mediante la cual se pretende aumentar la oferta de bienes y servicios para satisfacer necesidades humanas crecientes que son siempre reales? ¿Hay un divorcio entre economía financiera y real? O, más bien, ¿no será que la ciencia económica, aquella que fue concebida por los autores clásicos, aquella que pretendía solucionar los problemas de todos, ha sido apropiada por unos pocos que, gracias a haber usurpado el poder *global*, adoptan medidas que van en su beneficio exclusivo en detrimento de los más necesitados? ¿Es que en nombre de un sistema que proclama la libertad económica se puede aceptar que se haya consagrado la injusticia en el desempeño de las relaciones económicas nacionales e internacionales? ¿No será más bien que la libertad entre desiguales lleva inexorablemente a repetir en la historia la lucha entre opresores y oprimidos? ¿Y no fue por esto que a lo largo de la historia el hombre siempre ha intentado encontrar un sistema alternativo que haga frente a la esclavitud a la que le someten persistentemente *los amos del dinero*?

La deuda es, sin duda, la forma más conspicua a través de la cual se somete a quienes osan recurrir a ella, especialmente cuando quienes la conceden están amparados por políticas de estado que favorecen su otorgamiento indiscriminado y permiten cualquier clase de condicionamiento *en nombre de la libre empresa*, que implica establecer cualquier nivel de costo del dinero y cualquier tipo de exigencia para su servicio. Tal argumento, por supuesto, es válido ya sea que el crédito provenga de un organismo extranjero o nacional. Aquí, la pregunta que cabe es: si en el sistema económico existe el control de un conjunto pequeño de intermediarios en la asignación de recursos financieros ¿por qué se invoca el nombre de la libre empresa? ¿Es que la política de fusiones de instituciones financieras no es un atentado a los principios que rigen la competencia en el mercado, sea este nacional o internacional, cuya característica fundamental es que exista siempre un gran conjunto de *oferentes* y demandantes de dinero? ¿Es que es lo mismo defender a la libre empresa por igual que al monopolio. ¿En virtud de qué principio se debe seguir defendiendo la ineficiencia de los intermediarios financieros que prefieren las prácticas monopólicas porque es más cómodo?

Para los países pobres, la deuda es *la estrella letal* del guión de la Guerra de las Galaxias, *con poder para destruir un planeta entero*. Desde que los países pobres fueron seducidos para contraerla ha devenido sobre ellos toda suerte de infortunios. Durante varias ocasiones se les ha convencido de que a través de políticas

financieras sería posible no solo salir de tal pesadilla sino también alcanzar el desarrollo. Pero, por lo visto, tal cosa no ha ocurrido. Más bien son los países ricos y sus enclaves financieros los que han consolidado su posición. Mientras las mayorías hoy están peor que antes. De no ser así, ¿cómo se explica entonces que en mi país, el Ecuador, grupos importantes de esas mayorías afectadas por haber adquirido créditos con bancos nacionales ahora hayan decidido conformar un Club de Deudores ante la imposibilidad técnica de pagar tasas de interés otrora consideradas de usura?

XI. EL RETORNO DEL JEDI Y EL COMIENZO DE LA HISTORIA

La película de ciencia-ficción de la *Guerra de las Galaxias* precisamente sugiere la clave, no sólo del entendimiento de las bondades y debilidades del Senado Imperial, sino, sobre todo, también de las pautas para desbaratar ese o cualquier otro tipo de imperio. La batalla final la efectúan los *Caballeros de la Orden del Jedi* que cuentan con la *fuerza* para conseguir el objetivo de *paz y justicia* para todos los que pretenden vivir en *libertad*, fuera de toda atadura, en la Galaxia. Posiblemente, el mensaje más bello de la película sea el de que no puede alcanzarse *una verdadera libertad ni conseguirse la anhelada paz, si previamente no se instaure la justicia en el universo*. En otras palabras ¡no pueden haber auténticas libertad y paz sin justicia social!

Un aspecto no menos importante que el escritor y director de la película recalca constantemente en boca de sus personajes Obi-Wan Kenobi (interpretado por sir Alec Guinness) y Luke Skywalker es que para derrotar al Imperio el arma más importante no es el material bélico de que pueden disponer juntándose todos los planetas de la galaxia, sino el tener fe en la Fuerza, pues solo así en el enfrentamiento contra las huestes totalitarias ¡nada ni nadie prevalecerán contra Ella!

El planteamiento es por demás sugestivo. Aunque la trama descrita podría ser considerada una más de las tantas producciones sensacionalistas de Hollywood, también puede ser mirada como una constante de la historia del mundo: siempre ha habido individuos con pretensiones totalitarias que han utilizado la propaganda para seducir a las masas e instaurar su imperio. Sólo en el siglo XX, el nacional socialismo y el socialismo marxista se presentaron como utopías redentoras de los más pobres cuando en la realidad escondían propósitos de dominio de pequeños núcleos de individuos sobre naciones enteras. El detectar los grupos dominantes y las verdaderas intenciones que los motivan, siempre ha sido un asunto complejo

que, en muchas ocasiones, como las dos señaladas, ha costado millones de vidas a la humanidad.

Aunque a lo largo del presente trabajo se ha procurado denunciar que en tiempos presentes existe el peligro de consolidación de un Senado Imperial que está dispuesto a defender su poder, es decir, apropiarse del trabajo de las mayorías, no siempre resulta fácil ser convincentes cuando los pueblos están alucinados con *el rayo recesivo magnético de las fuerzas imperiales*: el marketing que seduce y convida a todos al festín consumista, de cuya venta y rédito se apropian solo unos pocos.

Ya se dijo al inicio de este trabajo que todos los que tienen conciencia de los peligros que ello encierra son considerados: enemigos de la empresa privada; enemigos de la eficiencia; enemigos de la libertad; enemigos del progreso; enemigos de la modernidad. Afortunadamente, cualquier persona de buena voluntad puede sentir la Fuerza y sentir la Verdad, y tener las agallas para gritar y denunciar. Sin duda, la Iglesia ha tomado la iniciativa, y muy recientemente ha empezado a ejercer liderazgo. Con seguridad, igual que sucedió con los primeros cristianos que combatieron y vencieron al Imperio Romano con solo el respaldo de la Fuerza y su testimonio de Vida llevado al extremo del compromiso, también en nuestra época, aunque a algunos todavía les parezca extraño, empiezan a brotar, aunque todavía tímidamente, testimonios al menos de angustia acerca de la situación de injusticia a la que ha sido sometida la humanidad por causa de las fuerzas monopólicas, mal llamadas fuerzas del mercado.

Entre ellas, merece citarse nuevamente la opinión de George Soros. Al respecto, en el comentario del semanario francés antes citado dice: «Si existe actualmente una creencia dominante en nuestra sociedad, es la fe en la magia del mercado. La doctrina del capitalismo liberal afirma que nada sirve mejor al bien común que la búsqueda desenfrenada del interés personal. Sin embargo, si nuestra visión no es moderada por el reconocimiento de un interés común superior a los intereses individuales, nuestro sistema actual -que aunque imperfecto puede definirse como sociedad abierta- corre el peligro de hundirse. Popper ha demostrado que el fascismo y el comunismo tienen mucho en común porque ambos reposan sobre el poder que tiene el Estado de reprimir la libertad individual. Yo quiero ampliar su análisis: afirmo que una sociedad abierta puede, por el contrario, ser amenazada por un exceso de individualismo, por un exceso de competencia y una falta de cooperación. Yo no clasifico el *laisser-faire* capitalista en la misma categoría que

el fascismo y el comunismo. Las ideologías totalitarias buscan destruir deliberadamente la sociedad abierta. Las políticas del *laisser-faire* la ponen en peligro, pero por inadvertencia... En la medida en que el comunismo y aún el socialismo han sido completamente desacreditados, considero la amenaza del *laisser-faire* como más real, actualmente, que aquella de las ideologías totalitarias».

La opinión de G. Soros es importante por múltiples razones, pero especialmente por las siguientes:

- Porque proviene de una persona altamente calificada de dentro del sector empresarial más conspicuo.
- Porque se trata de un conocedor profundo de los objetivos y medios de ciertos grupos de poder.
- Porque su planteamiento está sustentado en disquisiciones técnicas relevantes.
- Porque su pensamiento contiene una interpretación histórica trascendente.
- Porque su cosmovisión tiene pretensiones universales integradoras.
- Porque su argumento contempla aspectos micro y macroeconómicos.
- Porque enfatiza la relevancia de la postura ética en la economía (¡cuán detestada por los positivistas!).
- Porque pretende *honradamente* salvar al sistema de mercado y de sociedad abierta, a partir de un reconocimiento leal de sus inconsistencias.
- Porque depura lo auténtico y válido de la utopía del sistema de mercado, desechando los sofismas.
- Porque rescata, aunque sea en forma incompleta, la validez e importancia de una economía al servicio del hombre, es decir, de las mayorías.

Las diez razones mencionadas son suficientes para que su pensamiento merezca un exhaustivo análisis por parte de todas las personas de buena voluntad. Es probable que, con el tiempo, éste pueda convertirse en un punto de referencia significativo para entender el devenir de la economía y de la historia mundial, especialmente la de los países en desarrollo en los próximos años. Aún más, desde nuestro punto de vista, su pensamiento puede resultar *profético* y contribuir a derrocar lo que de totalitario –según su propia expresión– tiene el modelo neoliberal y a salvar lo que de verdaderamente democrático también contiene.

En todo caso, sea cual sea la importancia que el pensamiento de Soros y el de los empresarios que piensan como él vaya a tener en el futuro, lo cierto es que, una vez develada y desenmascarada la verdadera identidad de lo que hoy se hace pasar como economía de mercado en el pensamiento neoliberal –aspecto en el que este

trabajo ha pretendido inscribirse— se hace necesario que la postura combativa se profundice y generalice en contra de quienes hoy oprimen al mundo en desarrollo, aspecto que, por otra parte, como se dijo, también es válido para los segmentos de población pobre dentro de los países más opulentos.

De lo expuesto en este trabajo se sigue que, para intentar cambiar el curso del mundo se requiere enfrentar el problema desde dos perspectivas: en primer lugar, desde una revisión y/o reinterpretación profundas de los fundamentos de la teoría económica; y, en segundo lugar, desde la gestación y promoción de una axiología sustentada en los principios cristianos.

Desde el punto de vista económico, la revisión debe orientarse al perfeccionamiento de una ciencia que tenga como objetivo fundamental el resolver el problema de la pobreza, en un entorno de plena libertad en el que se ofrezca igualdad de oportunidad para todos. Esta postura implica, entre otras cosas, que la economía debe estar sustentada y, por tanto, ser evaluada conforme al grado de cumplimiento de estos objetivos que, por ser ideales de todos los hombres, deben prevalecer por sobre cualquier objetivo particular, por más importante que sea.

Consiguientemente, y con el fin de garantizar que la optimalidad del funcionamiento del sistema económico determine y calcule conforme al logro instrumental de estos dos principios: la libertad y la equidad, tanto el empresariado privado como el Estado deberán incorporar políticas tendientes a garantizar que la producción y el consumo se promueven con el fin de alcanzar la justicia. Desde este punto de vista, los indicadores sociales son más importantes que los indicadores financieros de corto plazo. Si bien, en este contexto, son plenamente compatibles el objetivo de elevar la productividad privada y la social, es esta última la que debe prevalecer al momento de decidir las prioridades de la sociedad en desarrollo. El doblar las condiciones de pobreza, en este contexto, implica no solo aumentar el ingreso nacional y personal sino también reducir las brechas en la distribución del ingreso. Solo de este modo se podrá interpretar adecuadamente el concepto de *justicia*.

Finalmente, el Estado, dentro de su función subsidiaria respecto al sector privado, deberá precautelar que los más débiles tengan la preferencia en la disponibilidad y asignación de opciones. En otras palabras, los medianos y pequeños productores, en el sector real, deberán recibir atención preferente cuando el mercado funciones imperfectamente. Corresponde a todos los agentes económicos privados y al Estado desterrar los monopolios a través del fomento de la competencia por ser la antítesis de la empresa competitiva libre.

Un sistema de mercado de esta naturaleza, funcionando en condiciones de competencia y plenamente enmarcado dentro del respeto a los principios de libertad e igualdad, previsiblemente debería ser más eficiente en el combate a la pobreza y en la promoción de la solidaridad.

A manera de pauta técnica que coadyuve en la construcción del nuevo modelo, valdría que los economistas recuerden que, según el pensamiento clásico, el límite técnico de la empresa competitiva es aquel en el cual el costo marginal es igual al ingreso marginal, punto que marca no solo el punto de equilibrio que le permite permanecer en el mercado, sino, sobre todo, constituye: por una parte, el punto de mínima apropiación del beneficio de la empresa competitiva; y, por otra, el punto que coincide con el de máxima distribución funcional y personal del producto social en cada mercado particular.

Supuestas estas condiciones *óptimas* de funcionamiento de la economía, es perfectamente viable introducir reformas que modernicen el sistema económico, pues, a la larga, estas beneficiarán a las grandes minorías. De otro modo, en ausencia de objetivos de igualdad y de libre concurrencia, serán los monopolios los que terminarán quedándose con los beneficios.

En suma: lo que se pide es la total coherencia entre teoría y práctica; entre discurso y praxis; entre utopía y hechos.

Una consecuencia no despreciable de un esquema de estas características será también el rescate de la ética en las relaciones económicas y humanas.

Desde el punto de vista de la ética, es necesario promover una nueva axiología que, a la par que refuerce los objetivos sociales del funcionamiento de la micro y macroeconomía, promueva la solidaridad en las relaciones entre las personas. Desde esta perspectiva, se impone la promoción de una auténtica cruzada ética.

En un mundo plétórico de corrupción y violencia, y en circunstancias en que se ha proclamado la muerte de las ideología, siempre es posible retornar la mirada a los principios cristianos, que, en esencia, están por encima de cualquier ideología. En esa perspectiva, es menester encuadrar el rescate de tal axiología en dichos principios que, por ser inmanentes a la esencia humana que es trascendente, son también permanentes y universales (evidentemente, en cuanto que son tales, son también patrimonio de toda religión).

Hecha esta aclaración, es necesario reafirmar la necesidad de una pronta recuperación de la *verdadera* utopía cristiana: es menester *resucitar* nuevamente al Cristo que nació y murió pobre; al que vivió y continúa viviendo por los pobres.

Necesitamos convencer al mundo de que ni la riqueza extrema ni el consumo y sus excesos son la puerta de entrada al paraíso. Necesitamos un marketing desprovisto de incongruencias y falacias que promoció al Cristo que rechazó las tentaciones del poder y la riqueza que se la presentaron como *los* caminos de la auténtica vida. Necesitamos, en suma, iniciar la verdadera historia: aquella que congregue a *todas* las personas; aquella que no excluya a los pobres; aquella que promueva la equidad; aquella que provoque la solidaridad; aquella, en fin, en donde la sencillez sea exaltada; ¡aquella que convierta a la humildad en la única fuente de poder que rijan las relaciones globales entre los hombres y entre las naciones!

Puesto que la historia o es una disciplina humana que juzga, sino que es la recolección de un conjunto de experiencias pasadas en las que el hombre común se refleja, se debe tener en cuenta que la prehistoria, aquella que la hemos constatado hasta hoy, puede ser muy valiosa en tanto en cuanto nos permita recuperar todo aquello que sirva para promover la *equidad en libertad* como el objetivo último del Hombre; de lo cual se espera, renazca la solidaridad. Por tanto, siempre se podrá recurrir a nutrirse en los ideales de otras personas que, en distintas circunstancias históricas, vivieron y murieron pensando en los demás, como: Sócrates, Mahatma Ghandi, Tomás Moro, Ignacio de Loyola, Simón Bolívar, Francisco de Asís y Teresa de Calcuta. Y, puesto que su obra no ha terminado ¡la historia de los pobres está lista para ser reiniciada!